

EL ORO REY DE LOS METALES

Por ERNEST HAUSER

El oro es un material sui géneris, feliz maridaje entre materia e idea. Como medida decisiva de los valores pecuniarios, este hermoso metal resuena en todo el mundo en una corriente interminable de barras amarillas perfectamente lisas. Su precio “oficial” por onza *troy* (31,1 gramos) – que fue durante mucho tiempo 35 dólares, pasó luego a 38 y recientemente a 41,22 - no tiene ninguna relación con la demanda, ni con la oferta, ni con los costos de su minería y metalurgia. En la mayoría de



los países, desde hace mucho, la ley lo ha prohibido poseerlo a los particulares, excepto en forma de joyas. Los bancos centrales lo guardan cuidadosamente como reserva de sus bóvedas, y las naciones lo usan para saldar sus operaciones de comercio exterior.

Como pilar del actual sistema monetario internacional, el oro viene a ser para todos nosotros poco menos que una abstracción. Pero también algo más: el rey de los metales y un buen amigo del hombre. Sin él nuestra civilización no sería lo que es. Durante muchos siglos su símbolo (revelador del amor que siempre le ha profesado la humanidad) fue una representación del Sol: ☉; hoy es *Au*, abreviatura de su nombre en latino *aurum*.

Invulnerable a los estragos del tiempo, no lo deslustra el aire, ni el agua, ni la mayor parte de los agentes corrosivos. Lleva en sí el sello de la eternidad. Tantas veces se hay fundido, moldeado y vuelto a fundir, que no es remota la posibilidad de que el anillo que usted compra hoy contenga oro de los collares de la Reina de Saba. Son innumerables las formas de utilizar este metal; desde puntas de plumas de escribir hasta el sobredorado “cordón umbilical” que conecta al astronauta en sus paseos espaciales con la cápsula madre.

El oro es brillante, lustroso, sumamente pesado y más maleable y dúctil que cualquier otro metal. Se ha batido con martillo hojas de no más de una diezmilésima de milímetro de espesor; y 30 gramos de oro se pueden estirar, sin romperse, hasta formar un hilo de 56 km de longitud.

Para darle dureza se acostumbra usarlo en aleación con otros metales, y entonces cambia de aspecto: la plata lo torna pálido, mientras que el cobre lo enrojece. Es posible comunicarle tonalidades caprichosas de verde, anaranjado, rubí o morado. Cuando se compra una alhaja veremos impreso en ella un contraste en el que declara su contenido de oro. La cantidad de metal puro en un objeto se expresa en quilates; 24 quilates son de oro puro. Así pues, un anillo de 18 quilates contiene 18 partes de oro y 6 partes de alguna aleación.



Brazalete de filigrana en

El orfebre moderno no conoce ninguna técnica que no hubiera explorado ya sus antecesores. En la tumba reales de Ur se han encontrado diademas y copas dignas de exhibirse en los escaparates de las mejores joyerías actuales, y los etruscos, acaso los más hábiles joyeros de todos los tiempos, llegaron al mundo una pequeña escudilla incrustada con 137 000 glóbulos microscópicos de oro que forman una pelusilla como de durazno (técnica cuyo secreto permaneció oculto hasta 1933, cuando se volvió a descubrir).

Por ser tan compacto, el oro es un buen medio para almacenar riquezas. Un cubo de oro puro, de 30 cm de lado, pesa un poco más de 500 kilos, y al precio oficial actual valdría unos 740 000 dólares. Si se fundiera todo el oro que se sabe que existe en la Tierra, y que vale unos 96 000 millones de dólares, se podría hacer un bloque del tamaño de un granero grande.

El precioso metal se ha usado para todo: desde lo ridículo hasta lo sublime. Un zar de Rusia jugaba con una pulga de oro de tamaño natural, que saltaba como las de verdad. La orgullosa ciudad de Atenas coronó su acrópolis con una alta estatua de Palas Atenas, cuya capa de oro pesaba más de una tonelada. La mayoría de las maravillas áureas del mundo antiguo han desaparecido, pero todavía el visitante que vaya al Museo Egipcio del Cairo puede admirar el ataúd de oro macizo, tachonado de piedras preciosas, del rey Tutankamón: mide 1,88 m de largo y pesa 1111 kg.

El rey Gyges de Lidia, hacia el año 650 a. de J. C. fue el primero que acuñó monedas de oro. Tenía la forma aproximada de un haba, y llevaban estampado en una de sus caras el emblema del Rey, que era la efigie de un león. Aún se conservan una cuantas, de estas rudimentarias piezas, y los coleccionistas pagan ahora hasta 3800 dólares por cada una de ellas.

Entre las muestras que Colón envió a España después de su primer viaje trasatlántico iban algunas pepitas de oro. A medida que los españoles fueron penetrando en el nuevo mundo, se dieron cuenta que habían encontrado “El Dorado”. Al sentar la planta en México, Hernán Cortés pasó su casco a los indios para que lo llenaran de oro en polvo; y en Perú, Francisco Pizarro, al frente de 180 hombres, entró en un territorio que debió parecerle encantado, donde hasta los objetos ordinarios, como herramientas y muebles eran de oro. Los españoles parpadearon y se aprovecharon. Durante 100 años las flotas armadas surcaron el océano den ambos sentidos para dejar en Sevilla su cargamento de oro y plata. Esta riqueza se difundió por toda Europa y produjo una revolución que había de reemplazar el antiguo sistema del trueque por una economía industrial basada en transacciones monetarias.



Tumi. Cultura
Lambayeque
(Sicán)

El oro se encuentra en casi todas partes. El cobre, el carbón y el subsuelo arcilloso de nuestras ciudades pueden contener vestigios del noble metal. El mar contiene 6 partes de oro por cada billón de partes de agua salada.

Sin embargo, cuando se presenta en cantidades tales que valgan la pena extraerlo, lo hace en 2 formas: En vetas o suelto. Las vetas o filones son antiguas grietas en la roca viva rellenas por cuarzos auríferos que surgieron del interior de la Tierra hace entre 2 y 10 millones de años. En su forma suelta, el oro estuvo primitivamente aprisionado en los filones, hasta que la erosión lo arrastró. Las pepitas de oro fueron lavadas por las aguas y se depositaron en los placeres o arenales de los ríos, donde por agregación mecánica se fueron juntando para formar pepitas más grandes y palacras. Si el río cambió de curso, se quedaron en la arena esperando a que alguien fuese a recogerlas.

Los principales yacimientos de oro se han encontrado, todos, por indicio de algunas palacras halladas al acaso. La fiebre de oro de California empezó un día de enero de 1848, cuando James Marshall metió su sombrero en el río americano, en Coloma, y lo sacó lleno de gránulos brillantes. En el curso del año siguiente viajaron al Oeste 80 000 hombres y algunos ganaban hasta 50 dólares diarios lavando arenas auríferas.

Las profundas y ricas minas Rand, en Sudáfrica, abiertas hace más de 80 años, producen casi la mitad del oro del mundo, o sea cerca de 2000 toneladas anuales. Rusia va en el segundo lugar en la producción mundial, con un 25%. Los Estados Unidos, que en un tiempo fue el mayor productor, contribuyen ahora con un 4%.

El oro se funde a una temperatura de 1063° C y no cambia de color en su estado líquido. Es emocionante verlo fluir en una refinera. El metal fundido se transporta en unas jarritas que se manejan con unas tenazas de hierro, y se vierten en moldes. El operario debe tener buen pulso, pues cualquier gotita que se pierda representa varios gramos y es pérdida de dinero. En los moldes al enfriarse, van quedando las barras o lingotes, marcados con un número de serie que los identificara en sus futuros viajes, y luego salen de la refinera en camiones blindados.

De ahí en adelante, puede ocurrir cualquier cosa. Por cada 7 barras de oro por canales bien controlados, una se escapa para ir a ver el mundo. El mercado negro mundial, con centros importantes como Beirut, Dakar, Hong Kong y Bombay, absorbe vastas cantidades del metal, lo que no puede sorprender a nadie, puesto que espera una utilidad de 1000 dólares a cualquiera que pueda cruzar una frontera con un solo lingote del tamaño de una barra de chocolate.



Collar egipcio

Aunque hoy ninguna nación usa monedas de oro, algunas siguen acuñándolos para satisfacer la enorme demanda. Inglaterra, por ejemplo, produce brillantes libras esterlinas que se venden muy bien en los bazares de Asia. Los ciudadanos franceses, que pueden comprar monedas de oro legalmente en cualquier banco y que las consideran como el mejor seguro contra los desastres, guardan cerca de una cuarta parte del oro mundial (15 000 millones de dólares) en alacenas, frascos y colchones.

Durante siglos los hombres de ciencia aseguraron que se puede producir oro artificialmente, por transmutación, aunque no sabían cómo hacerlo. Los alquimistas buscaron en vano la “piedra filosofal”, para convertir en oro los metales corrientes. Hoy, con ciclotrones, en vez de crisoles y mediante la fisión nuclear, podemos realizar aquel antiguo sueño ..., pero no es recomendable como diversión: el físico tendría que empezar con plomo o con platino y acabaría produciendo una pepita de oro del tamaño de una cabeza de alfiler, con un costo equivalente al precio de varias toneladas de oro natural. No obstante, sería auténtico oro hecho por el hombre.



Joyas del Señor de Sipán

Los geólogos nos aseguraron que, aun quedando todavía oro suficiente en los yacimientos que se explotan en la actualidad, no es probable que en lo futuro se descubra nuevas minas de cierta importancia; en nuestra búsqueda constante, ningún campo aurífero se ha pasado por alto.

Ahora bien, sea que la producción baje o aumente, o que los precios suban o se dejen flotar, la demanda de oro siempre será superior a la oferta. El amarillo metal seguirá fascinando al hombre como lo ha hecho durante 6000 años.

¿Qué podemos decir del patrón de oro? Que ya es casi una reliquia del pasado. Sin embargo, el precioso metal aún se apila en las bóvedas de los bancos centrales, donde funciona – al menos psíquicamente- como respaldo efectivo del dinero. Ahí constituye un tesoro tangible, que confiere autoridad a la moneda de un país, asegura la estabilidad de los cambios y con ello facilita la importación y la exportación de mercancías.

Tomado de *Selecciones del Reader's Digest*, octubre 1973



Fort Knox, base militar situada en el estado de Kentucky, es considerada uno de los lugares más inexpugnables del mundo, guarda parte de la reserva de oro de los EEUU